

Eccehomo Cetina



El hombre
que fue un pueblo

UNO

El llanto del niño rasgó la tranquila madrugada y se ahogó entre la densa niebla que caía sobre el poblado andino de Ubaque, para volver a empezar con un berrido indómito. Quienes dormían o apenas despertaban voltearon por instinto la cabeza hacia la casona de la esquina de la plaza de donde salía el lamento. Entonces respiraron tranquilos por primera vez en meses, pues dieron por sentado que, por fin, Manuela daba a luz con buena salud a su primogénito, a quien las parteras no habían augurado ningún futuro.

Y como la humilde maestra de la escuelita del pueblo había vencido los peores pronósticos, más tarde en la mañana, la fila de conocidos y curiosos que se acercaron a felicitarla daba la vuelta a la manzana. Para entonces, Manuela Ayala estaba en pie, cerca de la hornilla, atenta a la aguadepanela para sus hermanas y para la partera que la había atendido. Más adentro, en la habitación, Eliécer, su esposo, se acomodaba en la cama dejada por la parturienta para contemplar al niño entre las sofocantes colchas, mientras sonreía a todos con el cordón violáceo aún tibio entre sus manos.

El hombre, de tez oscura y calcárea, sonreía con alivio y orgullo. Todos querían saber el nombre que llevaría su primogénito y se lo preguntaron mientras sorbían las tazas humeantes, y se lo siguieron inquiriendo mucho después, cuando el último de los curiosos terminó de desfilas por el cuarto umbrío.

—Va a llamarse Jorge Eliécer —dijo con una secreta convicción.

Meses antes de que naciera el niño, la escuelita de Ubaque ya había sido cerrada. Las guerras partidistas en que se alistaban sus padres como carne de cañón, dejaron a los estudiantes huérfanos y en la indigencia a la que se echaron solos o en compañía de sus madres, por veredas y campos yermos. La escasez era el síntoma cotidiano y lo único que daba alguna posición y subsistencia era alistarse en uno de los dos bandos, el liberal o el conservador, desde donde se seguía el asunto más democrático de aquellos días: la guerra.

Eliécer y Manuela también decidieron marcharse con el pequeño Jorge Eliécer para Bogotá. Se establecieron en Las Cruces, un barrio de obreros y artesanos, que apenas florecía en el flanco alto de los cerros orientales. Tomaron en arriendo una casa de tres cuartos, de paredes de calicanto y tejas rojas. En uno de los aposentos que daba a la calle, Eliécer abrió una tienda de libros usados con la que intentó desde entonces sostener a su familia.

Poco después de bautizar a Jorge Eliécer en la iglesia de Las Cruces, el pequeño comenzó a ser abrasado por terribles fiebres que lo estremecían.

Una mañana, Manuela sintió que el niño dejó de respirar en sus brazos. Desesperada, lo envolvió entre las mantas matrimoniales y sin esperar la reacción de su marido, abortó en su interminable inventario de libros, se echó a correr por las calles hasta el hospital. Los médicos le dieron los primeros auxilios con las sobras de su ciencia, porque las mejores medicinas y atenciones no se malgastaban en el pueblo inerme que

se moría de dolamas prevenibles o simples resfriados que la negligencia llevaba a estados crónicos. Para la gleba estaban los apósitos y compresas. Los medicamentos eran reserva exclusiva de oficiales y uno que otro soldado heridos en las últimas de las quinientas guerras civiles que habían devastado al país a lo largo del sangriento siglo XIX.

Aquel día, Manuela pudo regresar a casa con el pequeño todavía vivo pero con una respiración difícil. Los teguas que sus parientes habían enviado desde Ubaque ordenaron ventosas en pecho y espalda para sacarle al recién nacido un aire contrario que, según ellos, había respirado al llegar a la capital.

Pero hacia la medianoche, Manuela y Eliécer vieron apagarse las últimas velas de cebo en los vasos que succionaban la piel de su hijo sin que nada pudiera aliviarlo, hasta que, agotado y sin defensas, Jorge Eliécer lloró por última vez en el regazo de su madre y se quedó dormido para siempre.

El niño fue enterrado en el patio de su casa sin mayores boatos funerarios, apenas con las plegarias de hermanas y parientes lejanos que acompañaron a Manuela y Eliécer hasta que se les acabaron las lágrimas, y al cabo de nueve días, cada uno volvió a su vida de miseria dejando a los afligidos padres solos en la pequeña casa y sin saber si para ellos habría un nuevo amanecer.

Bajo el peso de aquella congoja, Manuela se juró que nunca volvería a tener otro hijo y que llevaría el luto para siempre hasta su propia tumba, por aquellos escasos días de felicidad y los esfuerzos no recompensados de curarlo y prepararlo para una vida que nunca fue.

Entre tanto, el país estaba tan devastado como aquel matrimonio. Los jefes de los dos partidos, que venían de sangrientas contiendas por la disputa del poder, movieron sus peones una vez más desde la tranquilidad de sus despachos y se enfrascaron en la más grande de todas las guerras que había de durar tres años.

El octogenario Manuel Antonio Sanclemente gobernaba el país desde su finca privada en tierra caliente y no desde el Palacio de los Presidentes en Bogotá, porque su presión arterial se lo impedía. Pero fue capaz de armar hasta los dientes al ejército de su Partido Nacionalista, con el apoyo de los históricos jefes conservadores, para marchar contra los liberales huérfanos de poder y provocar la guerra más sangrienta de la historia. Desde su habitación, en la que era atendido por un cuerpo de siete médicos, impartió la orden con tal cólera, que parecía la de un curtido y sano general y no el mandato postrero de un moribundo:

—No me dejan un solo liberal vivo —dijo—. Así les ganamos la guerra y borramos ese partido de una vez por todas.

Enseguida se sumergió en su tina de peltre, de fétidas aguas de ajo español, para recibir, de una criada negra y a cucharaditas, la compota de muérdago que ponía en paz su corazón.

Dos generales liberales le hicieron frente a la amenaza que se cernía sobre su partido, desde el río Grande de la Magdalena, la Costa Atlántica y Panamá: Benjamín Herrera, un militar masón, y Rafael Uribe Uribe, quien para entonces ya había claudicado en su ejercicio como abogado y periodista, y que mucho después de la gran refriega, cuando retomó la política como arma de lucha, había de ser asesinado a hachazos a la entrada del Capitolio Nacional.

Como Eliécer había seguido desde su juventud los triunfos y derrotas de estos y otros militares liberales, sentía una gran afinidad por sus conquistas sociales y nacionalistas. Para cuando tomó la decisión de casarse con Manuela, ya había participado en varias batallas en las filas del liberalismo radical y, por tanto, no dudó en tomar parte de la que parecía la guerra definitiva por la reconquista del poder.

Con treinta años, sin embargo, se comportaba como si su tiempo para cobrarle a su partido la recompensa por tantos sacrificios se hubiese agotado. Era capaz de integrar los comandos de apoyo en la ciudad, dedicados a la propaganda y

a la agitación, y también marchar con la tropa en los campos. Pero ni aun así lograba que los jefes liberales lo promovieran dentro de los cuadros directivos. La verdad era que Eliécer gravitaba en la medianía de los hombres que ni eran intelectuales profundos, capaces de encender la llama ideológica, ni soldados dispuestos a morir por la bandera del partido.

Así fue como el anuncio de guerra llegó para consolar su pena por la pérdida del pequeño Jorge Eliécer. Desde que sonaron los timbales de las convocatorias y en los campos de las poblaciones liberales se levantaron tiendas para reclutar partidarios, a Eliécer, su propia casa se le volvió una prisión y su oficio de librero en una suerte de traición a sus más profundos ideales.

Manuela lo vio una mañana empacando sus cosas en una tula de lona militar. En el último año, el dolor del luto le había quitado a la mujer el brillo y lozanía de sus veintiséis años. Le habló a su marido como siguiendo el hilo de una vieja discusión:

—Y entonces, ¿se va?

Eliécer tiró del cordón de la tula y le dirigió una mirada sombría.

—Esta es la que estábamos esperando. Y no va a durar mucho.

Manuela, que permanecía de pie, bajo el umbral de la puerta, dijo:

—Usted hace mucho más desde acá, en su casa...

—No me vuelva a pedir eso, que a este barrio de obreros resignados no hay quién lo salve. Mi lugar está allá, con los generales.

—¿Con los generales? ¡Su lugar está aquí, en la casa! ¿Se ha dado cuenta de que hoy no tenemos nada para comer?

—Y así seguiremos si no hacemos algo contra estos godos de mierda.

La mujer, que había estado llorando en silencio, envuelta en un mantón, se pasó el dorso de su mano por la cara. Temblaba:

—Se va de todos modos...

—De todos modos, sí.

—Eliécer, quédese por la familia.

—Hace mucho tiempo que dejamos de ser una familia. Desde que Jorge Eliécer...

—No profane la memoria del niño, se lo ruego.

—Ese es el problema, ¿lo ve? Jorge Eliécer murió hace casi un año. Resígnese a eso...

La mujer calló, se agarró del marco de la puerta y, estremecida, dejó que su mirada se perdiera en el patio. Allí estaba la rosa, temblando también como ella, bajo el peso de las gotas de rocío, sobre la tumba de su hijito.

—¡Jamás me voy a resignar! Óigalo bien: ¡jamás! Lo que no quiero es que mi hijo quede huérfano...

—Manuela...

Eliécer caminó hacia la puerta, con la tula envuelta en una inofensiva manta. Lo que había de decir, tenía una carga de indolencia que incitó los ánimos de su esposa:

—En la mesita del negocio le dejé dos con cincuenta. Es todo lo que hay.

Manuela lo atravesó con una mirada fría:

—Y si los generales le dicen otra vez que no, ¿qué va a hacer?

La posibilidad planteada por Manuela, que no era remota, nubló la mirada de Eliécer al cruzar la puerta de la habitación. Una arruga había partido en dos su frente, cuando le respondió, poniéndose el sombrero:

—Pues me tocará hacer mi propia guerra.

Y así era. La guerra servía para todo: para que partidarios radicales, como Eliécer, dejaran todo atrás y se sumaran a los ríos de sangre que surcaban los campos del país y para que ciertos liberales aristócratas, astutos políticos de salón, negociaran con el gobierno conservador y entregaran las milicias que se batían en innumerables batallas con tal de mantener sus privilegios y acrecentar sus dividendos. La guerra era

un juego rentable de unos pocos que movían las fichas en el tablero de sus remotos despachos para que otros, entre los que se contaban campesinos y artesanos, se mataran por ellos, mientras dichos señores ganaban tierras, tranzaban negocios y lograban empréstitos.

No solo la sangre era rentable, las traiciones también. Esto fue lo que llevó a José Manuel Marroquín, escritor conservador de buena letra, a traicionar al anciano mandatario, Sanclemente. Encabezó una conjura conservadora en alianza con los liberales con la más cruel vesania. Los emisarios de Marroquín se tomaron la finca de tierras bajas del enfermo gobernante y lo encontraron en el regazo de una negra inmensa, dormitando como un niño después de recibir sus potajes de plantas medicinales. Uno de los conspiradores le envió un mensaje urgente a Marroquín:

—Dígale al jefe que se tome el poder, que este hombre está más muerto que vivo.

Pero la respuesta del insurrecto Marroquín no dejó lugar a dudas:

—No lo dejen morir hasta que no renuncie a la presidencia.

Envió al octogenario, debilitado por su avanzada edad, a un calabozo de torturas donde lo privó del sueño y la comida para obligarlo a que firmara su dimisión. Como Sanclemente se resistió a firmar, pese a los castigos, Marroquín le envió a su perro de presa para ablandarlo: un general vociferante de reputada crueldad. Ante el inquebrantable valor del viejo gobernante, el militar sin alternativa, y como última medida, arrastró al anciano por el pelo hasta arrancárselo, exigiéndole su capitulación. Por toda respuesta, mal herido y al borde del estertor, Sanclemente envió un mensaje al usurpador Marroquín:

—Dígale a su amo que podrán matarme, pero nunca amedrentarme.

Sin embargo, solo, abandonado a su suerte y sin los cuidados botánicos necesarios, Sanclemente dimitió y de allí en adelante la guerra adquirió fulgores de hecatombe en toda la nación.

Bajo este signo trágico, Eliécer emprendió su camino hacia la guerra, dejando a Manuela íngrima, con la espina de su dolor y toda la carga de su pobreza. Ella y Eliécer, a pesar de vivir en un barrio obrero, no eran ni campesinos ni menestrales, con lo cual el fruto de su trabajo no dependía de la venta de su fuerza física o su habilidad artesanal, sino de la actividad de su docencia, en el caso de Manuela, y de los puestos políticos logrados en alguna rebatña burocrática, en el caso de Eliécer. Pero aquellos tiempos no eran los mejores para los pobres empeñados en ser profesores o activistas políticos de barrio.

Antes de que los dos pesos con cincuenta centavos se le esfumaran, Manuela se puso su mejor vestido y se plantó frente a la alcaldía durante varias semanas. Todos los días, muy temprano, veía atravesar el portal principal a un hombre vestido de buen paño y acompañado de varios secretarios diligentes. Era el alcalde Abraham Aparicio, al que, como era costumbre en aquellos años, había nombrado el Presidente por intermedio del gobernador del departamento.

Tal vez fue la tenacidad de la mujer que todos los días seguía al alcalde con su mirada hasta que se perdía tras la puerta, y lo vigilaba desde la esquina contigua hasta que se sentaba en su oficina en la segunda planta del edificio, lo que llamó la atención del mandatario; o tal vez fue el desamparo que mostraba con una dignidad suprema, pese al desdén de los funcionarios del ayuntamiento.

Abraham Aparicio, un médico dedicado a los asuntos burocráticos por la fuerza de sus logros en el manejo terapéutico del dolor, y por sus estudios académicos sobre la influencia perniciosa del abuso de la chicha entre los desarrapados, no fue ajeno a la pena que se escondía en los ojos de la mujer apostada en la calle. Manuela, con su callada solicitud, parecía gritar que en verdad era la ciudad la que necesitaba de sus servicios y no al contrario. Una de tantas tardes de espera, Aparicio le pidió a su secretario que se asomara a la ventana:

—¿Ve a esa mujer? Dígale que suba.

Una vez en el despacho, el alcalde quiso amonestarla por su insistente presencia en la calle de enfrente, pero se detuvo al ver de cerca la congoja de sus ojos. Él, que se preciaba de mitigar dolores, habló entonces como médico y no como burócrata:

—¿Se siente bien? ¿Puedo ayudarla en algo?

—Mi nombre es Manuela Ayala de Gaitán, soy maestra de escuela. Sé de la necesidad de profesores y quiero ponerme a su disposición para la escuela en la que haya menester estar.

—Maestra...

—Y muy buena. Tengo experiencia en Cucunubá y Ubaque, puedo traer mis recomendaciones.

—En el momento no tenemos vacantes. Las convocatorias de nuevos profesores empiezan el año entrante y...

—¡Deme la oportunidad! ¡Se lo ruego! Tengo buenas referencias.

Pudo haber sido la súplica de la maestra o aquel despliegue de autoridad que se entreveía en su desesperada solicitud, pese a su inocultable indigencia, lo que impulsó al funcionario a tomar una decisión inusual en aquel momento. Hizo llamar al jefe de docentes:

—Secretario...

—Dígame, doctor...

—Asigne a la señora Manuela Ayala de Gaitán en una de las escuelas de Egipto...

—Disculpe usted, señor. Pero allí la nómina de profesores está completa.

—¡Pues, hombre! ¡Ábrale un cupo, que esta administración no puede darse el lujo de tener a una buena maestra perdiendo el tiempo en la calle!

A la semana siguiente, Manuela comenzó a impartir clases en una modesta escuelita de cinco salones para los grados elementales de la primaria, en el barrio Egipto, con un salario de tres pesos, que para aquellos tiempos infaustos, era toda una fortuna.

Tenía un vigor inagotable que sus compañeras sabían valorar en aquel lugar donde solo cuatro maestras eran las responsables de impartir todo el conocimiento del mundo resumido en trece materias, para doscientos cincuenta estudiantes mal vestidos, hambrientos y sin el amor suficiente para valerse por sí mismos en la vida.

Manuela se encargó de las clases de historia, higiene, sociales y castellano en cada uno de los grados, pero intercambiaba otras asignaturas dependiendo de las necesidades de cada nivel. Entre las materias adicionales que impartía con igual gusto y entusiasmo estaban las matemáticas y la educación física, pero muchas veces debió suspenderlas por los desmayos que sufrían los niños que sabían cuántos días llevaban sin probar bocado, pero eran incapaces de sumar dos más dos.

Sin embargo, su dolor por la pérdida de Jorge Eliécer seguía intacto y si en algo sus funciones como docente lo aliviaban de modo pasajero, era cuando llevaba de urgencia al hospital a alguno de los estudiantes atacado por el paludismo o la desnutrición. En tales circunstancias, convertía su pena y tristeza en una tenacidad que le forjó una reputación de oro en el magisterio de la ciudad y le permitió ganarse el aprecio de las familias de menesterosos de Egipto y Las Cruces, las mismas familias de obreros agradecidos con la maestra que darían la semilla de la futura masa que, cuarenta años después, seguiría al hombre que había de salir de las entrañas del pueblo.

